

VII

SACRIFICIO HUMANO

Entre Limehouse y Cornhill, en el preciso lugar donde comienza Charles Street, existía antiguamente una villana aglomeración de viejas construcciones que formaban un todo bajo el nombre de Wimsical-City, ó ciudad fantástica.

La sola vía practicable que desembocaba en el interior de la ciudad fantástica, afectaba la forma de una cruz romana é iba á dar á cuatro calles muy alejadas la unas de las otras: « Commercial », « Jubilé », « Clark » y « Bedford ».

Por eufemismo se había llamado á ese camino « Pretty-Lane »: callejuela bonita.

Es preciso decir, por último, que como á treinta metros de Bedford Street el terreno de la callejuela sufría un hundimiento brusco á la mitad de su anchura. Mientras que la parte plana ganaba la calle, la otra se hundía en tierra por una pendiente bastante pronun-

ciada que daba á las grandes galerías subterráneas, cuya extensión era extraordinaria, pues se juntaban á Southwark pasando bajo el lecho del Támesis.

Hoy no existe Wimsical-City; sobre sus ruinas se levanta la gran Ciudad obrera Bromehead.

En 1851, la ciudad fantástica beneficiaba, como todos los otros barrios de la ciudad, el aumento de vida causado por la turba cosmopolita llegada para visitar la Exposición, y no había un solo local deshabitado.

La casa más importante del barrio era una construcción, cuyo tercero y último piso era un almacén con paredes ciegas; el cual recibía luz por las vidrieras que le servían de techo, y cuyo interior era inexpugnable á la vista, dado que las otras casas eran más bajas.

Allí es donde haremos penetrar al lector, la misma noche tan fecunda en emociones para los viajeros de Lucifer-Hotel.

Por el carácter exótico del muebleaje, se hubiera uno creído lejos de Londres, penetrando en esta especie de almacén, donde al momento se notaba un perfume dulce y penetrante.

En medio de pinturas y muebles bizarros, trabajados fantásticamente en madera — todo vagando en la penumbra que no lograba disipar la pereza de una lámpara primitiva, — en un silencio de santuario, una mujer, vestida de ricas telas, estaba en actitud de oración.

Por un intersticio de las cortinas corridas en las vidrieras, se filtraba un rayo estelar que bañaba con ligera claridad la pálida y triste belleza de su rostro.

Podía tener treinta años...

Con las manos juntas y tendidas hacia el fondo del espacioso salón, recitaba una invocación modulada con extraña entonación.

— Maha-Deva, gran dios del esplendor, luz de las inteligencias ¿no concluirá tu cólera? ¿No tendrás, por último, una mirada de piedad y clemencia para la sierva, cuyas lágrimas corren desde hace tanto? ¿No harás cesar mis angustias? Tú, cuya bondad hace revivir el amor, ¿no me volverás mi hija, mi pobre Miriam?...

Mientras oraba así, una puerta se abrió sin ruido, y dió paso á un nuevo personaje.

El recién llegado, vestido á la Europea como las gentes del pueblo, cargaba un paquete bastante voluminoso envuelto en tela encerada. Se detuvo un instante, y consideró con una sonrisa muda y de una crueldad salvaje á la suplicante prosternada.

Pero en el momento en que, ignorando lo que tras ella pasaba, iba á proseguir su súplica, él levantó la voz y pronunció gravemente estas palabras:

— Siva, el Terrible, no puede tener la debilidad de perdonar á la sacerdotisa perjura, cuyos actos sacrílegos han manchado su templo, y cuyo crimen ha hecho descender más bajo que los más viles parias, á los hijos de la más bella tribu de los Scikhs.

Al oír esto, la mujer se volvió.

— ¡Mi hermano! exclamó con expresión de terror.

— ¡La hora se aproxima, siguió el otro exaltándose.
¡La hora de la justicia se aproxima! ¡Bien pronto la

tribu rehabilitada podrá entrar en la pagoda sagrada, y Siva encontrará su ojo centelleante que antaño reducía el amor á cenizas. Prepárate, hermana mía, prepárate, que el día va á nacer y quiero hacer la más agradable de las ofrendas al dios de las venganzas, cuya amenaza siempre se ejecuta.

Ella se levantó sacudida por estremecimientos; se dirigió hacia el fondo de la pieza y levantó los pliegues de una pesada cortina, dando señales de un temor respetuoso.

Bien pronto, su aliento habiendo activado el fuego de tres pebeteros, aparecieron formas fantásticas destacándose sobre lo blanco de las paredes.

Los muebles de esta parte del salón, eran más extraordinarios que los primeros, y representaban el interior de una pagoda consagrada al culto de la más espantosa de las divinidades indias.

Alrededor del Arco de la Destrucción, el terrible Siva, se encontraban en gradas menos elevadas las divinidades superiores.

Laksmi, diosa de la belleza, del amor y de la fortuna;

Parvati ó Prithivi, diosa de la tierra;

Kali, la de los diez brazos, diosa de la guerra;

Ganeça de cabeza de elefante, dios del silencio;

Skanda, dios de las carnicerías, nacido del ojo de Siva.

Después, más bajo aún, las divinidades inferiores, los genios y los demonios.

Iluminado por los tres fuegos sagrados, se desta-

caba este terrífico conclave de dioses y diosas de brazos múltiples.

La mujer melancólica, contemplaba temblando la cara de la gran estatua, cuyo ojo único, — ojo de justicia y de incendio, que debía lanzar fuegos rojos, á la vez sombríos y candentes, — sólo aparecía como un agujero negro, estando vacía la cavidad de la órbita.

Permanecía en pie, entre los tres pebeteros, esperando la llegada de su hermano que procedía á las abluciones y libaciones necesarias que deben preceder al sacrificio.

Era una sacerdotisa del dios de Sindhi, trasplantada á un bulevar de Londres; una bayadera de los montes Naugraent, una devadassi de la tribu de brahmines guerreros como lo indicaba su traje y como lo probaban sus funciones de vestal.

Los brazos y piernas de la sacerdotisa estaban cargados de brazaletes, los dedos desaparecían en la profusión de anillos, en sus cabellos, negros y sedosos, brillaba un pasador de oro, y las telas transparentes y finas que su cuerpo cubrían, dejaban ver á las veces su piel satinada y blanca.

Después de algunos minutos, la cortina dió paso á que ella llamaba su hermano, cambiado singularmente.

Su cabeza completamente rasurada, á excepción de un pequeño casquete, su torso desnudo, sus brazos nervudos, su frente despejada; su piel bronceada y rayada de blanco en el pecho, en los brazos y en las cejas, le daban aspecto de asceta macerado.

Solamente llevaba una casaquilla á la espalda y unos cortos pantalones rojos, bordados de amarillo.

Su único adorno consistía en un collar hecho de cabezas pequeñas de muerto y del cual pendía un gran cráneo.

Tal era un brahamín vestido en traje de gran ceremonia.

El sacrificio comenzó :

— ¡Gloria á Siva! exclamó el brahamín.

— ¡Gloria á Siva! repitió como un eco su acompañante.

— ¡Que los malignos espíritus que habitan el éter huyan ante la mirada de Siva, y sean destruídos!

La bayadera repitió palabra por palabra, haciendo con los dedos signos místicos.

— Me prosterno ante Siva, el gran Señor resplandeciente como una montaña de plata, con la luna por trono y el sol por cabellera. Me inclinó delante del ser terrible y fuerte, adorado eternamente, el más poderoso de los amos del universo, el justiciero infalible que reduce á cenizas á los malvados con sólo la mirada de su ojo de sabiduría...

Aquí se detuvieron los dos oficiantes dando muestras de gran consternación. No habían hecho sino seguir las invocaciones consagradas. Pero desde que el ojo de sabiduría de que hablaban, había sido robado, esta última frase del ritual podía pasar por una ironía ofensiva; estando ciega la estatua, los scikhs debían al pronunciar esta frase, ú oirla pronunciar, humillarse en actitud de súplica.

Mudos y temblorosos esperaban los efectos de la cólera divina. Y como no sintiesen el fuego con que Siva debía castigarlos, el brahamín se enderezó, con ojos brillantes de júbilo.

— ¡Maha-Deva! ¡Maha-Deva! exclamó, ¡has pues leído en el alma de tu siervo! Sí, el último hijo de la tribu maldita ha jurado rehabilitarse ante ti. ¡Y lo hará! El fardo es pesado; para vencer he tenido que contraer alianza con extranjeros impuros... pero sólo trabajo por tu gloria, ¡oh Siva! Ayúdame á cumplir el juramento hecho en tu pagoda de la montaña Nau-graent. Machacaré sobre la herida de mi raza la cabeza de la serpiente Helye, y la familia del patriarca podrá entrar con frente alta en tu pagoda. Ayúdame, Siva, y seré yo el que te devuelva tu ojo de llamas. En espera de ello, ¡oh Maha-Deva! te traigo la sangre de una mujer para que mires con buenos ojos mi empresa.

Habiendo así hablado, se prosternó por tres veces, mientras la sacerdotisa golpeaba sobre un tambor recitando en voz baja las frases del ritual.

Era el momento de las ofrendas y de la purificación.

El brahamín abrió el paquete envuelto en tela encerrada, que al entrar depositó al pie del altar, y un cuadro horrible se ofreció á la vista de la bayadera, pálida y temblorosa.

Había ahí un corazón humano, un ojo y dos senos de mujer bañados en sangre medio coagulada.

Entonces pasó una escena horrible.

Alzándose sobre las puntas de los pies el brahamín,

teniendo en cada mano un seno, los colocó sobre el pecho de la estatua con tanta fuerza, que quedaron pegados en el bronce manchado con huellas sangrientas. El ojo y el corazón los colocó en un pebetero, y el santuario se llenó de un humo nauseabundo.

Sus actos bárbaros los acompañaba de palabras fanáticas, explicando que llevaba los senos y el corazón de una joven de la raza del extranjero para preparar á Siva á la clemencia; debiendo ser considerada la ofrenda del ojo derecho como una simbólica reparación, y materialización del juramento pronunciado por el sacerdote.

La ceremonia se concluyó por la carrera obligatoria hecha tres veces alrededor del cóncave.

Después de lo cual, salieron del santuario.

La mujer ya no podía más. En presencia de la divinidad obedecía pasivamente las órdenes que su hermano le daba con signos de mano ó de ojo. Pero los esfuerzos que había tenido que hacer la habían aniquilado.

Cayó de rodillas ante el Indio, y con lágrimas en los ojos le dijo:

— Hermano mío, hermano mío, hace tiempo que soy tu esclava. Si he pecado, bien he sufrido y más he llorado. ¿No ha llegado la hora de que vea á mi hija? Devuélveme á Miriam, y tus órdenes más crueles me serán agradables.

Así suplicaba la desdichada Nowla, secuestrada desde hacia meses en esta casa de la ciudad fantástica por el fanatismo feroz de Sauton el Banianó. Á menudo estas

escenas se repetían teniendo la pobre mujer que tomar parte, porque Sauton la amenazaba con hacer caer sobre Miriam el castigo de sus desobediencias.

Pero en vano le suplicaba ella.

Sin piedad, la interrumpió :

— Aun no llega la hora, hermana mía... Cuando te saqué del palacio de Katmandon con tu hija, donde no podía matar á sir Franck en medio de sus cipayos, lo hice para servirme de Miriam como lazo para cazar á su padre en la emboscada que le preparo para vengarme. El extranjero es fuerte, pero los indios tenemos la astucia del tigre y la prudencia de la serpiente. Los años han pasado, pero la venganza está próxima, y Siva me protege. Si te he separado de Miriam es porque temo que la enseñes á amar el nombre de su padre... Paciencia, que bien pronto volverás á ver á tu hija... pero será cuando nuestra tribu puede levantar la frente.

Un tal destello de triunfo feroz brilló en las pupilas del Baniano, que Nowla se estremeció.

— ¿ Á qué precio volvería á ver á Miriam ?

Con voz débil preguntó :

— ¿ Sir Franck está pues en Londres ?

Sauton se mordió los labios :

— No, respondió, pero vendrá pronto.

Nowla lanzó un gemido.

Entretanto, el brahamín se había despojado de su traje sacerdotal y vestido á la Europea. Una peluca, bien dispuesta, ocultaba la tonsura sagrada.

— Paciencia, Nowla, repitió en el momento de sa-

lir, y no olvides que la salud de Miriam depende de tu sumisión. Una indiscreción de tu parte la hará trabar conocimiento con el personaje que los perros ingleses llaman el Doctor Tom.

La puerta se cerró tras él, y la desgraciada Nowla, siempre de rodillas, permaneció como atontada por estas siniestras palabras. Una atroz suposición acababa de cruzar por su mente, hiriéndola profundamente.

— Si Sauton la hubiese engañado, y fuese ella, su Miriam la que el brahamín fanático había ofrecido en holocausto á Siva?

Una fiebre furiosa se apoderó de ella, una angustia inexplicable la ahogaba, y la locura se apoderaba de su cerebro.

De repente lanzó un grito desgarrador :

— ¡ Miriam ! ¡ Miriam !

Y con los brazos extendidos cayó inanimada.

VIII

LAS INTENCIONES DEL ALDERMAN

... No olvidemos, se había dicho el Sr. de Blancanard, al acostarse en su lecho Lucifer, que debo ir mañana á casa del rico comerciante Adrián Zephyr, alderman, para quien tengo una carta de recomendación.

¿Por qué y para qué estaba recomendado el caballero mansense al hermano del antiguo Residente de Nepaul?

Es lo que podremos saber precediéndole en casa del alderman, donde se le esperaba.

Al abrir su correo de la mañana, el grueso Adrián había recibido la siguiente carta, fechada en París, y llevando membrete de la célebre casa Johnson Brothers and Co, calle de las Pirámides.

« Señor y querido compatriota,

« Habiendo recibido últimamente la visita de una persona enviada por vos, el señor Roberto Vaught, legista, nuestro común amigo, quien nos ha puesto al

corriente de vuestras intenciones con respecto á Mary Zephyr, vuestra sobrina y pupila, hemos creído de nuestro deber y complacencia, procurar satisfaceros.

« El señor Caballero de Blancanard, miembro de una antigua familia de la Sarthe, poseedor de una fortuna que creemos aproximadamente da 15.000 libras de renta, es un solterón cuyo matrimonio es algo difícil en su provincia por las relaciones que sostiene con las cantatrices del café concierto de Mans.

« Habiéndose dirigido á nosotros el señor Blancanard, para la realización de su ambición matrimonial, le hemos hecho valer vuestras diversas ventajas: El título de mayor del padre de miss Mary, el vuestro de alderman, el de vuestro hermano de antiguo residente de Nepaul.

« Siendo, como todos los franceses, muy amante de títulos y posiciones oficiales, los informes que le hemos dado han halagado su vanidad lo bastante para inducirlo á hacer un viaje á Londres provisto de una carta de recomendación nuestra. Bien pronto recibiréis su visita y esperamos que os podréis entender fácilmente, pues sin duda no mostrará ninguna exigencia por la dote, contentándose con esperanzas.

« Felices si el negocio así presentado pueda convenir á vuestros deseos, y suplicando acuse de recibo, esperamos nos consideréis siempre á vuestras órdenes dispuestos á servirlos.

« P. Johnson hermanos y Cia,
Samuel JOHNSON,
(Nada de agencias).

« P. D. — Nuestras condiciones, son las que hemos explicado al honorable Sr. R. Vaughant, á quien hemos suplicado las haga conocer verbalmente. »

Lejos de asombrar al bueno de Adrián la lectura de esta carta singular, le produjo una ligera sonrisa...

La buena sonrisa satisfecha de un tío cuidadoso por el porvenir de su sobrina, á quien quería casar en condiciones ventajosas.

Ventajosas para él.

Su satisfacción era tan grande que experimentó la necesidad de releer la carta de Johnson hermanos (Nada de Agencias) como para saborear mejor las condiciones, y las ventajas que le proporcionaba casar á su sobrina con un partido tan bueno.

Eso le sacaría de un mal paso, y le pagaría todos los sacrificios hechos por ella.

¡ Casar á Mary y guardar la dote !

Doble ideal cuya realización se le ofrecía.

Desde la llegada á Londres de su hermano el residente, — no habiendo podido evitar el encuentro de la primera noche, pero dispuesto como queda dicho, para evitar efusiones íntimas — se las había arreglado para evitar nuevos encuentros entre sir Franck y sus sobrinos.

Su hermano había vuelto al día siguiente en la mañana para ver á Dick y á Mary. Pero Adrián tenía más malicia que un zorro.

— Hermano mío, le habia contestado, Dick es un joven que tiene necesidad de instruirse... Espero darle

pronto un tanto por ciento en mi casa ; y para formar lo he enviado, por indicación de él, al continente á visitar mi clientela.

En cuanto á Mary, ha partido, acompañada de una institutriz, para Liverpool, á ver una vieja pariente de su madre que está muriéndose y la ha llamado á su cabecera...

La nueva contrarió mucho á sir Franck ; pero la explicación le satisfizo.

El antiguo residente, trabajando en su instalación en la villa comprada, retenido acaso por la marquesa, no había vuelto á Poultry.

Sin embargo, tal estado de cosas no podía durar.

Un día ú otro Franck podía saber la verdad, y, en todo caso, era preciso que la pretendida ausencia de los jóvenes concluyese. Lo que Adrián temía más era que Franck insistiese en llevarlos á su lado y supiese algo de su haber y su gestión tutelar.

Dick ya tenía edad de recibir sus rentas, y el residente podía asombrarse de que no las hiciese.

De esto á inquietarse por el depósito de su fortuna entre las manos del alderman, no había sino un paso.

Pensando en esto se le helaba la sangre porque tenía un miedo horrible al antiguo residente. Era preciso imposibilitar á Dick y á Mary que se ligasen con Franck.

Respecto de Dick y el modo de hacerlo desaparecer momentáneamente, aún no tomaba ninguna resolución. Por lo que concierne á Mary ya hemos visto que le

buscaba un marido en Francia, que no reclamase dote. Y este marido se lo enviaban, encontrado ya.

Mejor aún.

Ya estaba en Londres, y acaso iba á venir en seguida. Y el buen alderman se frotaba con gusto las dos bolas punteadas de rojo que le servían de manos.

En su alegría hubiera querido, sin pérdida de tiempo, dar órdenes para preparar al futuro sobrino una recepción digna del servicio que le prestaba.

¡Excelente caballero el exquisito Sr. de Blancanard! Iba á seducirlo, á encantarle, á subyugarlo.

Adrián se sentía ya lleno de ternura por él; tenía prisa por estrecharlo en sus brazos de tío.

— María, exclamó, es preciso que te pongas bella hoy... Te pondrás tu traje de seda y harás venir al peinador.

— ¿Por qué, tío? preguntó miss Zephyr asombrada, pues el alderman no tenía costumbre de cuidar así de ella.

— Tendremos gente á comer, un amigo, un buen amigo mío de Francia, para quien debes mostrarte graciosa.

« Veamos, mírame, que vea si estás bella hoy.

Con gesto complaciente le cogió la barbilla entre el pulgar y el índice y le levantó un poco el rostro.

— ¡Eh! ¡Eh! exclamó sonriendo, no está mal; he ahí una carilla que no desplace... Quisiera verte, sin embargo, un poco más viva, más alegre, más juguetona... A los Franceses les agradan esas cualidades en las mujeres... malos que son los Franceses!

« Me parece, Mary, que estás un poco lánguida, un poco melancólica, desde hace algún tiempo. ¿Tienes algún cuidado? ¿Algún deseo que no osas confiarme?

La joven estaba estupefacta... Era acaso la primera vez que su tío le daba tales muestras de interés, y le hablaba con ese tono amigable. No sabía qué pensar ni qué responder y permanecía callada, un poco inquieta...

— Tío, balbuceaba solamente.

— ¡Vamos! ¡ vamos! añadió él, tú no puedes tener pesares graves y no habrá necesidad de recomendarte sonrisas. Te preparo una sorpresa...

— ¿Una sorpresa?

— Agradable.

— ¿Agradable? ¿Mi tío Franck va á volver pronto?

— ¿Franck? No se trata de él; pero, pardiéz, Mary, ¿no me preguntas por el nombre del huésped que espero... ese buen amigo de Francia, cuya llegada me causa tanto placer?

Poco le importaba á Mary; sin embargo, para no disgustar á su tío, le preguntó con la mirada:

— Es un hombre, cuya familia es de alta y vieja nobleza francesa, pronunció solemnemente el alderman. Se llama el caballero de Blancanard. Anda, Mary, y da tus órdenes para el caso que el caballero venga hoy, porque espero retenerlo á comer... Y sobre todo, lo repito, ponte bella.

— Procuraré hacerlo, tío, respondió ingenuamente la niña.

El hombrecillo, una vez solo en su gabinete, cerró la

puerta con cerrojo y se dirigió á su caja. Aparato complicadísimo movido por medio de resortes, abría sus puertas y las cerraba automáticamente por un juego de números y letras. Iba á ver su dinero, ó más bien el de sir Franck. Como todos los avaros y ladrones no estaba jamás tranquilo. En sus adoraciones por el becerro de oro, le sucedía á veces, aunque estuviese encerrado con doble vuelta, volverse rápidamente, pálido, cerrando precipitadamente la puerta de su cofre fuerte, como con temor de ser sorprendido, de ver entrar de golpe á sir Franck, ese hombre á quien tanto temía y que podía á cada momento ir á reclamarle sus trescientas mil libras...

¡ Alucinaciones !

Aun hoy, á pesar de su excelente disposición de ánimo, fué atacado por esos temores infundados, y con movimiento instintivo hizo jugar el resorte que ponía en movimiento las puertas. Con tal precipitación obró, que poco faltó para que la puerta le cogiera la mano. Y era tal el peso de la puerta que le hubiera cortado la mano, si no la hubiese retirado vivamente. ¡ Una verdadera guillotina !

Al volverse y darse cuenta que estaba solo, bien solo, y que nadie había podido entrar, no pudo detener un juramento contra sí mismo.

— ¡ Seré bestia, se decía, en tener estos temores ! Si Franck viene, lo mejor que puedo hacer es enseñarle su dinero para que vea que está en seguridad... Pero estoy nervioso y no puedo dominarme.

« ¡ Mi dinero, truenos ! se lo haré ver al caballero de

Blancanard. Verá que tengo con qué responder, y comprenderá que la dote de Mary está mejor en mis manos que en las tuyas, que en ellas debe quedar para ganar intereses.

« Un Francés, ese Blancanard, una de esas cabezas locas, sin peso ni medida que creen todo lo que se les dice. Lo veo. En cuanto vea á Mary se enamorará como un colegial... Las cosas marcharán solas...

« En cuanto á Dick, ya encontraré algún medio de desembarazarme de él, y cuanto más pronto mejor, porque si no me equivoco está enamorado de su prima, y si se queda aquí será capaz de echarnos todo á rodar.

Entregándose á estos razonamientos era como el grueso edil de la ciudad de Londres esperaba, ñ sin impaciencia, la llegada de Blancanard, caballero mansense.

IX

DICK Y MARY

En una pequeña pieza de la casa de Poultry, casi toda ocupada por las Oficinas de Adrián Zephyr, dos jóvenes charlaban.

El uno se llamaba Dick Crankle.

La otra Mary Zephyr.

Los dos sobrinos del alderman hablaban de primo á prima.

El joven estaba empleado durante el día en las Oficinas de su tío, no habiendo perdido Adrián la ocasión de hácerlo trabajar por dos, sin pagarle, con pretexto de formar su educación comercial.

Pero habiendo notado que su tío se encerraba cada día durante más de una hora, había tomado la costumbre de aprovecharse de está hora para ir con su prima, y entregarse á inocentes pero dulces charlas, casi seguro que sus escapadas pasarían desapercibidas.

¿Qué se decían? Casi nada y mucho.

Tenían gusto en verse, en estar juntos... ¡He ahí todo!

En una casa, donde habían sido recogidos, pero donde no encontraron ternura, crecieron arrimados uno contra el otro, instintivamente, como los pajaritos que no tienen madre... Cuando niños, no conocieron otros niños, cuando jóvenes, sin otros amigos.

Hasta donde alcanzaban sus recuerdos se veían juntos y solos, en la melancolía de esa casa de comercio, en la indiferencia de todo lo que los rodeaba.

Para Mary lo que Dick decía estaba bien dicho y para Dick lo hecho por Mary estaba mejor. Jamás se habían enfrentado con la posibilidad de separarse; se bastaban el uno al otro y habían acabado por acomodarse á la indiferencia de su tío Adrián.

De naturaleza sensible y amante, habían, sin embargo, sufrido una desilusión común á la llegada de su tío. Franck, en quien esperaban encontrar la afección y protección paternal que desde la infancia les había faltado.

¿Se sentían bajo la amenaza de algún peligro?

Sin ninguna experiencia, no podían sospechar la infame duplicidad de su tío Adrián, pero hay intuiciones más poderosas que los razonamientos, y esas intuiciones las tienen sobre todo, los débiles y desvalidos.

Siempre habían colocado su esperanza en sir Franck, y ésta no se había realizado, porque desde su llegada de las Indias sir Franck sólo una vez los había visto; y aunque es cierto que les había manifestado mucha

amistad, no había vuelto y parecía no preocuparse por su existencia.

Cuando estaban solos, y juntos, ese era uno de los temas de conversación, porque no osaban hablar de esto ante el alderman, quien un día, á la primera palabra sobre este asunto, alzó las espaldas dándoles una explicación en un tono que indicaba á las claras su deseo de no hablar más sobre ello.

Sin embargo, á pesar de las apariencias, no habían podido resolverse á aceptar como error la confianza que habían colocado en sir Franck, y era de ello de lo que hablaban ese día.

— Yo, decía Mary, no comprendo nada. Era muy pequeña cuando mi padre murió, pero bien me recuerdo del modo con que hablaba de su hermano el residente y de su buen corazón. El día que vino á cenar, me abrazó tan tiernamente, como solo mi padre lo hacía.

— A mí me estrechó la mano con gran franqueza y cariño, añadió Dick, y también me acuerdo que mi madre le quería mucho y decía que era muy bueno.

— Sobrina Mary, me dijo ese día, hoy hay mucha gente para que podamos charlar cómodamente; pero volveré mañana y espero me darás un pedazo de tu corazón á cambio del mío.

— Bravo Dick, me dijo, te llega un amigo, un pariente devoto, casi un padre... Mañana nos volveremos á ver y espero seamos buenos camaradas.

— ¿Amas á tu primo Dick? me preguntó.

— A mí me hizo poco más ó menos la misma pregunta, por lo que á ti respecta.

— Yo reí mucho y enrojecí un poco. Porque ¿cómo no te he de amar, Dick?

— Yo le pregunté que si él no te amaba ya, sólo con haberte visto.

— Y ¿qué te contestó? preguntó Mary enrojeciéndose un poco.

— Que eras una joven gentil y que estaba encantado de ver que nos entendíamos tan bien.

— De ti me hizo muchos elogios, Dick.

— Es extraño que no haya vuelto.

— Extraño en efecto. Pero creo que no es por indiferencia por lo que obra así. Sin duda sus negocios se lo han impedido.

— Pienso como tú, Mary.

En ese momento, la voz del alderman se escuchó en la estancia vecina. Al salir de su gabinete había buscado á su sobrino en la Oficina y no le había encontrado.

— ¡He aquí al tío Adrián, exclamó el joven muy molesto, porque sabía la brutal reprimenda que le esperaba, cogido en flagrante delito de escapada.

Pero ya era tarde para evitarlo, el alderman entraba en la pieza en que se hallaban los dos primos.

Pero al contrario de lo que los jóvenes esperaban, no manifestó ningún mal humor porque Dick hubiese abandonado su trabajo momentáneamente.

— Pero Mary, exclamó sonriendo, pierdes el tiempo en charlas en lugar de ir á hermosearte como te he dicho. Anda pronto, te digo. Mi amigo Blancanard puede llegar de un momento á otro y quiero que pueda apreciarte como mereces.

Mary, obediente, salió, haciendo á su primo una señal con la mano.

Adrián se volvió hacia este último.

— Tú, sobrino, quédate; tengo de hablarte.

Se instaló cómodamente en una butaca, con un codo en cada brazo, las piernas extendidas, y siguió:

— Dime Dick, ya eres un hombre y es tiempo de pensar en tu porvenir. ¿Has pensado cuál es tu vocación?

— Dios mío, tío, balbuceó el joven cogido de improviso y asombrado por esta pregunta á quemarropa.

— Tu padre era marino, y he pensado por un momento que hubieses heredado su afición por el mar. Pero creo ahora, que tienes menos de él que de tu madre, mi hermana Nancy, que era una mujer tranquila, amante de su casa.

— Es verdad, tío, respondió el joven; quien en efecto había pensado tomar la profesión de su padre, pero había desechado esta idea por no separarse de su prima.

— Parece que te hallas bien aquí y no quieres separarte de mi lado. Me agrada eso y sólo pido serte útil. Te he tomado en mi casa de comercio para que hicieras tus primeras armas, pensando asociarte algún día en mis negocios. ¿Qué te parece?

— Pienso, tío, que no puedo estar mejor que como estoy, y os estoy reconocido por lo que hacéis por mí.

— Sí, sí, lo que me dices parte de un buen sentimiento, siguió el hombre grueso. Tanto mejor! Pero á

mi parecer tu estancia aquí ya ha durado bastante. Para llegar á ser un hombre de negocios no basta saber hacer un trabajo de Oficina; es preciso ver mundo, frotarse con gentes, hacerse de relaciones, y como dicen los franceses, desengrasarse. Desde hace algunos días he estado pensando en tí, querido Dick, y me parece que ha llegado la hora de que empieces á viajar, y te enseñes á volar con tus propias alas.

A estas palabras Dick se estremeció y palideció un poco. Viajar, partir sin Mary, dejarla sola. Eso no le agradaba.

Su emoción aumentó, cuando Adrián, sonriendo siempre, le entregó un sobre añadiendo:

— Partirás mañana en la mañana... Toma: es una carta dirigida á la casa Johnson Hermanos y C^{ta}, calle de las Pirámides, en París, que tú mismo llevarás. Son buenos compatriotas, Ingleses verdaderos y verdaderos hombres de negocios. Les suplico colocarte lo más pronto posible en alguna administración comercial, donde podrás perfeccionar tu educación.

Dick cogió la carta; su sorpresa era tal que no encontraba palabras.

— Pero, tío, quiso objetar, no tengo para qué abandonaros.

— Nada de objeciones, interrumpió Adrián con un tono mitad serio, mitad sonriente. Yo también sentiré separarme de tí, pero no dudo en sacrificar la alegría de tenerte siempre á mi lado. Ya lo sé. Eres un muchacho tímido, un poco salvaje, y la idea de irte solo á correr mundo te asusta al principio. Pero ya verás,

muchacho, lo que es la libertad; y te envío á París, que si no es tan grande como nuestro incomparable Londres, es sin duda la ciudad donde más se puede divertirse. Ya me parece que cuando estés allá no habrá medio de hacerte volver.

Como tenía corto el aliento, se detuvo un instante para respirar.

Después, poniendo en la mano del joven algunas monedas de oro, añadió:

— Toma una docena de libras para tu viaje y tus gastos de hotel mientras la casa Johnson te encuentra algo. Verás que no escatimo nada. Anda Dick á hacer tu maleta; te doy el resto del día.

El pobre muchacho tenía lágrimas en los ojos. Con su carta en una mano, y su dinero en la otra, permaneció un instante como anonadado por el golpe inesperado.

— ¿Obedeceré? ¿Dejaré á Mary abandonada? se preguntaba.

No sabía qué resolver. Tomó el partido de irse á encerrar en su cuarto, y sentado en su lecho se puso á llorar.

No bajó sino hasta en la tarde, á la hora de comer, resuelto á tratar de enternecer á Adrián.

Pero había un extraño.

El visitante no era otro que el Sr. de Blanconard: el Sr. de Blanconard fresco, rosado como una manzana, afeitado, friccionado, polveado, encerado, lustroso, perfumado, lleno de pomada, endomingado, reluciente, como si acabase de salir de una botella de barniz, con

el bigote rizado, la sonrisa en los labios, el ojo brillante, el talle encerrado en un « jaquet » y las pantorrillas en el fino paño de un pantalón gris perla.

El Sr. de Blanconard conquistador y vencedor.

Ninguna huella en la cara de las emociones y fatigas de su noche agitada.

Un baño aromado tomado al saltar del lecho y un masaje antes, habían devuelto al caballero mansense toda su juventud.

Las siete señoritas Elphinstone y su institutriz, enfiladas en un corredor del Lucifer Hotel le habían visto pasar, soberbio, y habían recibido el saludo de su sombrero, brillante como un sol.

La expresión admirativa de sus caras no había escapado al caballero, y esto lo había envalentonado para presentarse en casa del alderman provisto de su carta de recomendación de la casa Johnson.

Porque, á pesar de sus aires bravucones, no era en el fondo sino un tímido, y los hermanos Johnson le habían presentado el alderman como un personaje tan importante, que experimentaba cierta emoción al solo pensamiento de presentarse como pretendiente á la mano de su sobrina.

Pero las muestras de admiración de las siete misses bastaron para darle una alta idea de su prestigio y abordó al gordo Adrián con aire despreocupado.

Por otra parte, la apariencia de éste bastó á hacerlo dueño de sí; y después de un cambio de saludos, de reverencias y de cumplimientos extraordinarios con el alderman, que lo detuvo á comer, se encontraba como

en su casa el bueno de Blancanard, exagerando la familiaridad, abandonándose á cambios ridículos de voz, y volteando los ojos al lado de miss Mary con una « sans façon » que turbaba á la joven visiblemente.

Se permitía llamarla « bella miss », « exquisita señorita » « rubia despampanante », del modo más grosero del mundo, aun cuando él creía ser del todo espiritual.

Adrián, cerrando los ojos sobre el embarazo de su sobrina, encontraba esto muy bien, y aun envalentonaba al caballero con guiños de ojos.

— Cómo son emprendedores estos Franceses! se decía. Decididamente, no han robado su reputación. Se incendian como paja, sin necesidad de soplar tan siquiera.

Para acabar de arreglar al caballero mansense, le servía vino en abundancia y los ojos del conquistador de la « Pequeña Polonia » brillaban cada vez más.

Dick y Mary, no pudiendo cambiar confidencias, tenían que contentarse con miradas estupefactas.

A veces los ojos del joven se encendían en cólera, cuando el extranjero se permitía dirigir á su prima alguna frase familiar como las ya citadas; pero después caía en una tristeza que Mary no comprendía.

Al fin de la comida el caballero estaba en el punto á que el alderman lo quiso llevar y con pretexto de fumar un cigarro lo llevó á su gabinete.

Los dos jóvenes quedaron solos, y Dick confió á su prima el motivo de su tristeza, su partida para Francia exigida por el tío que fuese al día siguiente.

Mary se puso á llorar, y este dolor los hizo aproxi-

marse, cogerse de las manos, sentir repentinamente cómo eran necesarios el uno al otro, con un deseo de estrecharse y abrazarse para no ser separados.

En cuanto al alderman, habiéndose retirado el Sr. Blancanard, volvía al comedor contento. El caballero no se había andado por las ramas; sin circunloquios le pidió la mano de su sobrina aceptando todas las condiciones por adelantado.

Dick y Mary, oyéndolo llegar, enjugaron sus lágrimas.

— ¿Está hecha tu maleta, sobrino? preguntó.

— Pero tío...

— ¿No está hecha? Y estás aquí sin hacer nada? sabes que tienes que partir mañana por el primer tren. ¡Vamos! Despáchate y déjame solo con Mary que tengo de hablarla.

Dick comprendió que lo que mejor le convenía era hacer como que obedecía, y dando las « buenas noches », se retiró á su cuarto. Pero no habían pasado veinte minutos, cuando en el cuarto de Mary, vecino al suyo, escuchó un sollozo.

Tocó en la puerta y Mary abrió, con el rostro lleno de lágrimas!

— ¡Mary! exclamó el joven alarmado, ¡Mary! ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras así?

— ¡Ay de mí, Dick!

— ¡Habla!

— ¡Si supieras!

— ¿Qué?

— Nuestro tío me quiere casar.

— ¡Casarte! ¡A tí! ¡Mary!

El pobre muchacho había sentido un dolor agudo como si le hubiesen dado un golpe. A este golpe se abrió su corazón, escapándose de él un torrente de amor y celos.

Y este dolor era la revelación, la iluminación.

¡Amor! era el nombre de su ternura por Mary.

Se apoderó de él la indignación, la rabia, la desesperación, un deseo intenso de defender su amor.

Y á pesar de su dolor, le inundó el gozo. Mary lloraba, Mary en su dolor se volvía hacia él, luego Mary le amaba.

— ¡Casarte, Mary! Y ¿con quién, gran Dios? preguntó por último.

— Con el invitado de esta tarde, el Sr. Blancanard.

— Con ese hombre. Y Dick pronunció esto con un gesto de odio y de amenaza. Pero al momento le volvió la calma.

— Por eso quieren alejarme, siguió con voz sorda.

Después se arrodilló ante Mary y le cogió las manos tiernamente.

— Mary, mírame, dijo.

Ella posó en él su mirada húmeda, llena de ternura y de confianza, porque la voz de Dick la había sossegado.

— Mary, siguió, ¿me amas como yo te amo?

— Sí Dick, respondió, como me amas te amo.

— ¿Quieres ser mi prometida?

— ¡Ya lo soy!

Como se levantase enrojecida, colocó ella su cabeza

sobre el pecho de su primo y él besó dulcemente sus rubios cabellos.

Ella le miró de nuevo, y ya no lloraba, sonreía.

— Ahora, dijo Dick, me siento fuerte y tú puedes estar segura. A pesar de nuestro tío, no partiré; haré como que parto, pero me quedaré en Londres y nos arreglaremos para vernos. ¿Quieres?

— Yo quiero lo que tú quieres, Dick.

— Tengo bastante para vivir seis semanas y tomar lecciones de esgrima con el capitán Dady O'Crab.

— ¡Ah Dick! ¿Qué quieres hacer?

— ¡Dentro de seis semanas provocaré al caballero Blancanard, que se ha portado hoy como hombre mal educado y lo mataré.

En las palabras de Dick había una firmeza tal, que á pesar de la juventud del que así le condenaba á muerte, el caballero Blancanard no se hubiera sentido tranquilo si las hubiese oído pronunciar.